

La ilusión

Entre las más de cuatrocientas narraciones procedentes de todo el mundo que han participado en el concurso literario de Torrecampo, algunas –pocas– hay que incumplen las bases y son anuladas. Quizá por una especie de solidaridad corporativa o quizá porque las cosas se impregnan de los sentimientos de quien las manipula, en cada uno de los papeles que nos llegan para el concurso siento la cercana presencia del autor, ilusionado con la trascendencia de su obra e inseguro ante la acogida que tendrá entre sus pocos o muchos lectores. Pero si todos los cuentos me llevan enseguida a presencia de su hacedor, me siento especialmente transportado con los autores de éstos que por algo ajeno a la escritura en sí, al arte de escribir, deben ser anulados. Los anulados son, desde el principio, la expresión palpable de la ilusión frustrada. Al final, los perdedores habrán tenido una oportunidad, éstos no tendrán ninguna.

Si traigo aquí este asunto es porque el concurso bien puede ser una metáfora de la vida: la vida es, para la mayoría, una sucesión de ilusiones insatisfechas. En el concurso sólo triunfará uno. La abrumadora mayoría, tras ser leídos, deberá presentarse a otros concursos para tener alguna oportunidad de ver reconocido su trabajo. Otros, ni siquiera serán leídos. ¿Qué será del escritor que se cansa de esperar? Lo mismo, seguramente, que del hombre que se queda sin ilusiones: ambos habrán muerto, uno como escritor, otro como hombre.

Al igual que los cuerpos muertos pueden aparentar vida cuando están sostenidos artificialmente, enredados en tubos y máquinas, también los espíritus sin ilusiones pueden parecer vivos, pero en realidad son sombras de nada, algo vacío e inútil, pobres almas de zombis.

Juan Bosco Castilla